

**¡Felices los
que trabajan
por la Paz!**

Domingo 27 de marzo

La resurrección del Señor transforma nuestras vida

*Hechos de los Apóstoles (10,34a.37-43) / Salmo 117,1-2.16ab-17.22-23 / Secuencia
Colosenses 3,1-4 / San Juan 20,1-9*

Las lecturas de la Pascua 2016 nos invitan a reflexionar de manera detenida en los contrastes del existir humano: pasar de la muerte a la vida, de la oscuridad a la luz, de la pasividad a la transformación, del rechazo a la inclusión.

El testimonio de las personas que han logrado descubrir la luz y la esperanza en medio de la oscuridad y el dolor de experiencias de violencia, nos pueden ayudar a entender el mensaje de la liturgia de hoy. María Eugenia Zabala, galardonada como mujer Cafam 2004, vivió el desplazamiento forzado, el asesinato de su esposo y de su hijo mayor y fue sometida a terribles sufrimientos junto con sus seis hijos y el que llevaba en su vientre... Sin embargo, lejos de llenarse de odio y resentimiento, María Eugenia reunió a un grupo de mujeres también desplazadas por la violencia, para cumplir un sueño: volver a tener una parcela y velar por el progreso de sus hijos.

En el corregimiento Las Palomas, en Montería, se habla del Valle Encantado, un lugar en donde más de 15 familias levantaron sus viviendas y trabajan día y noche para pagar una deuda, así un día esa tierra será totalmente suya. La lucha no ha terminado, hoy María Eugenia continúa animando a su comunidad como lideresa de paz. Al recordar que el país se está desangrando por la violencia que ha vivido durante las últimas décadas, de la cual ella ha sido víctima, María Eugenia invitó a todos los colombianos a ser constructores de paz. Para cumplir esto manifestó que hay que “desarmarnos desde el corazón, desarmarnos de tanto rencor, de tantas cosas, eso es lo primero que hay que hacer”.

El testimonio de los discípulos de la primera hora que nos presenta hoy San Juan, es un reto para las autoridades judías y exige cambiar de mentalidad, pasar de la noche, al nuevo día. María Magdalena madruga para ir al sepulcro de Jesús; “*todavía estaba oscuro*”, subraya el evangelista. Le gusta ofrecer contrastes a través de los símbolos: luz - tinieblas, noche - día, verdad - falsedad, viejo - nuevo... María permanece en la oscuridad, no ha experimentado la realidad de la Resurrección. María, Pedro y el discípulo a quien Jesús amaba, ven e interpretan signos tangibles: la piedra con la que habían tapado el sepulcro se halla corrida; en la tumba solo están las vendas y el sudario; el cuerpo de Jesús no está allí.



¡Felices los que trabajan por la Paz!

Estos signos les abrieron su mente y su corazón a la Escritura y se transformaron en testigos de una nueva manera de vivir.

La resurrección de Jesús transforma la vida de los discípulos, disgregados, divididos, atemorizados; ahora se reúnen en comunidad en torno a la causa del Evangelio y Jesús los llena de su Espíritu, el Espíritu del perdón, la reconciliación y la paz. La pequeña comunidad de los discípulos disuelta por el «ajusticiamiento» de Jesús de manera violenta en la cruz, y llena de temor por la amenaza de sus enemigos y la inseguridad que produce la traición de uno de sus integrantes, es capaz de reaccionar.

Los corazones de todos estaban heridos. A la hora de la verdad, todos eran dignos de reproche: nadie había entendido la propuesta del Maestro. Por eso, quien no lo había traicionado lo había abandonado a su suerte. Y si todos eran dignos de reproche, todos estaban necesitados de perdón. Volver a dar cohesión a la comunidad de seguidores, darles unidad interna en el perdón mutuo, en la solidaridad, en la fraternidad y en la igualdad, era desde el punto de vista humano un hecho imposible. Sin embargo, la presencia y la fuerza del «Resucitado» lo logró.

Pedro, como se narra en los Hechos de los Apóstoles, contra toda expectativa, movido por la fuerza del Resucitado, se lanza con decisión a anunciar y a ser testigo del Evangelio entre los no judíos y les abre la puerta para su ingreso en la naciente comunidad. Por lo tanto, la muerte y la resurrección de Jesús son la vía de acceso de los varones y mujeres, judíos y no judíos, a la gran familia surgida de la fe en Jesús. En la nueva familia de creyentes, en un país resucitado, no hay exclusiones de ningún tipo y este hecho se convierte en un signo visible de la resurrección de Jesús, porque la inclusión evidencia la presencia de Jesús vivo en la comunidad. Una comunidad, un pueblo, una sociedad donde hay excluidos o marginados, donde el rigor de las leyes divide y aparta a unos de otros, es un ejemplo contrario al efecto primordial de la Resurrección.

También en nosotros pueden hacerse presentes los efectos de la Resurrección, a nivel personal y comunitario. Especialmente en la capacidad de acoger y brindar el perdón que reconcilia. La vida del resucitado es una invitación a la reconciliación con nosotros mismos, con Dios, con los demás y con toda la creación. La reconstrucción de la unidad, el testimonio de los creyentes nos debe ayudar a pasar de ser un país triste y desperdigado, a ser una nación viva, reconciliada, llena de alegría, de esperanza y en paz.

Aunque todavía no se haya firmado el acuerdo de paz entre Gobierno y las FARC, los colombianos, movidos por el espíritu de Cristo resucitado que fortalece nuestra fe y aviva nuestra esperanza, seguimos preparándonos para incluir a víctimas y victimarios en el desafío de ser artesanos del perdón, la reconciliación y la paz.

